

DE PORFIRIO A HUERTA: LOS PROBLEMAS CON LOS ESTADOS UNIDOS VISTOS DESDE ESPAÑA*

ROSARIO SEVILLA SOLER**

RESUMEN.

La intervención norteamericana en la Revolución mexicana no podía ser bien vista desde España que, además de mantener estrechas relaciones con México durante el porfiriato, se sentía aún “dolida” por la injerencia estadounidense en Cuba. Partiendo de esta premisa, este trabajo pretende mostrar la visión que tuvo la población española –y más concretamente la sevillana– del papel jugado por los Estados Unidos en las primeras fases del proceso revolucionario, a través de la prensa y los escritos de algunos intelectuales españoles y latinoamericanos.

Palabras claves: Porfiriato, Revolución Mexicana, intervención norteamericana.

ABSTRACT.

North American intervention in the Mexican Revolution could not be well considered by Spain, a country which maintained close relations with Mexico during the Porfiriato and still felt “hurt” after the North American interference in Cuba. Going on this premise, the purpose of this study is to show how Spanish people, and Sevillians in particular, viewed the role that the United States played in the firsts stages of the revolutionary process through the press and the writings of some Spanish and Latin American intellectuals.

Keywords: Porfiriato, Mexican revolution, North American intervention.

* Este trabajo forma parte del Proyecto HUM2006-05449, financiado por el PNI. Recepción: 17 de noviembre de 2007; Aprobación: 12 de diciembre de 2007.

** Profesora de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

DE PORFIRIO A MADERO.

Un factor esencial en la evolución de la Revolución mexicana fue, como todos sabemos, la intervención de los Estados Unidos, que comenzó en el primer momento del levantamiento maderista y, en un intento por hacer llegar a la presidencia a hombres que resultaran útiles para la defensa de sus intereses en México, no desapareció ni siquiera al terminar la etapa bélica. La primera intromisión se dio nada más iniciarse el levantamiento maderista, con la advertencia a Porfirio Díaz de que no tolerarían combates en la zona fronteriza. Desde entonces, y hasta después de 1920, las relaciones entre los dos países pasarían por distintas fases; pero estuviera quien estuviera en el poder a uno y otro lado de la frontera, nunca serían cómodas.

Pese a ello, en la prensa española apenas aparecen referencias a esta problemática en los primeros momentos de la Revolución. Aunque muchos dirían después que para ellos estuvo claro desde el principio que los rebeldes contaban con el apoyo de los Estados Unidos,¹ la primera noticia al respecto no aparece en los rotativos peninsulares hasta 1911, a raíz de una declaración del vicepresidente mexicano acusando a aquéllos de afanes imperialistas. El dirigente mexicano, de viaje por Europa, afirmaba ante un grupo de periodistas en Santander “que el movimiento revolucionario de su país es fomentado por los norteamericanos con miras de conquista, y molestados por los dictados del gobierno de alejar a los yanquis de los negocios del país”. Según él, los estadounidenses pretendían aprovechar las luchas internas mexicanas para sus propósitos, sin darse cuenta de que si intervenían, “los revolucionarios se unirían al gobierno frente al enemigo común”.²

Las inversiones estadounidenses en México no habían hecho sino crecer durante el porfiriato; y el gobierno norteamericano parecía satisfecho con esa situación, que no se vio alterada, en demasía, por la oleada de huelgas y protestas de la primera década del siglo. Pero la negativa de Porfirio a aceptar las condiciones de Washington en el arrendamiento de la base de la Magdalena por un lado, y su incapacidad para dominar los conflictos tras el estallido revolucionario por otra, ocasionó algunos cambios en la política estadounidense respecto a sus vecinos.³ En este sentido, un sector de la prensa

De hecho, cuando Madero consiguió la libertad provisional, en octubre de 1910, encontró refugio en los EE.UU., desde donde, además, llegaban armas para los rebeldes.

2 Declaraciones realizadas en Santander, donde hizo escala el barco en el que viajaba el vicepresidente mexicano, y recogidas por *El Liberal* de Sevilla del Jueves 27 de Abril de 1911.

3 Ulloa, B.: *La Revolución Intervenida. Relaciones Diplomáticas entre México y los Estados Unidos (1910-1914)*. El Colegio de México, México, 1971, p. 12-13. Ver también González

española no dudaba en afirmar que los rebeldes conseguían asilo y armas en los Estados Unidos, cuyo gobierno estaba dispuesto, añadían algunos diarios, a aprovechar las disputas internas mexicanas para intervenir militarmente en México y extender su territorio. Estableciendo un claro paralelismo con el caso antillano, afirmaban que lo que estaba haciendo la administración norteamericana a favor de los disidentes mexicanos no era sino “una maniobra política” para atraer a “las masas populacheras, lo mismo que sucedió cuando la campaña de Cuba”.⁴

El gobierno estadounidense negaba tales acusaciones y justificaba sus advertencias a las autoridades mexicanas por la preocupación y la inquietud que sentía por “la vida de los súbditos norteamericanos residentes en México”, ante el estado de violencia en que se vivía. En este sentido, su embajador se quejaba ante el “ministro de negocios [mexicano], diciéndole que la situación era intolerable” para sus compatriotas residentes en aquel país, y especialmente en Acapulco. Pero, dando argumentos a los que hablaban de una posible intervención militar, dejaba la puerta abierta a la llegada de tropas norteamericanas, indicando que su gobierno no descartaba enviar una escuadra a aquel puerto para proteger a aquéllos.⁵

Si en esa afirmación se encontraba o no implícita una amenaza de intervención es, desde luego, discutible, aunque, en principio, no llegó a cumplirse. Tras la firma de los acuerdos de Ciudad Juárez, en mayo de 1911, que hacían suponer que la lucha armada y, con ella, los desórdenes que afectaban a la población extranjera, irían remitiendo, las tensiones entre ambos países se suavizaron. Pero la “tranquilidad” iba a durar poco. Madero, el candidato de los triunfadores a las elecciones presidenciales y “líder moral” de la Revolución podría, quizás, haber conseguido la disolución del ejército rebelde. Pero De la Barra, aunque interino, era el presidente y mantenía serias discrepancias con aquél. En aquellos momentos manejaba los resortes del poder y su política, que poco tenía que ver con la conciliación que parecía querer Madero, hizo que tanto Zapata como los caudillos sonorenses volvieran a sublevarse casi de inmediato. La lucha resurgió; y, con ella, la tensión con

Loscertales, V.: “La colonia española en México durante la Revolución maderista, 1911-1913”. *Revista de la Universidad Complutense*, Madrid, Enero-Marzo de 1977, Vol. 26, nº 107, p. 347.

4 *ABC* de Madrid, Domingo 12 de Noviembre de 1911. Citado por Almudena Delgado, *La Revolución Mexicana en la España de Alfonso XIII (1910-1931)*, Junta de Castilla y León, Valladolid, 1993, p. 279.

5 Declaraciones realizadas por el embajador estadounidense en México a la prensa mexicana y recogidas por *El Liberal* de Sevilla el Domingo 7 de Mayo de 1911.

los Estados Unidos, de la que no dudaron en aprovecharse los porfiristas que, acusando a sus vecinos de ser los verdaderos culpables de la caída de Díaz, intentaron hacer valer ante la población su supuesto nacionalismo frente a las injerencias de aquéllos.

De esas tensiones se haría eco un sector importante de la prensa española, especialmente la conservadora, que culpaba de la intromisión estadounidense, al menos en parte, a los propios vencedores de la Revolución. Según algunos diarios, “la intervención norteamericana y la sumisión del país a Washington” había comenzado “el día que Taft y Nox derrocaron un gobierno mexicano para poner otro que les convenía”. Al proporcionar a Madero las armas que necesitaba, y fomentado “con dinero una revolución con la esperanza de obtener mejores concesiones” para sus negocios que las que tenían con Díaz, se habían convertido en acreedores de la nueva administración.⁶

Confirmando, en parte, esa teorías, la llegada de Madero a la presidencia pareció satisfacer, en principio, a Washington, que confiaba en que el nuevo presidente haría lo posible para proteger a los ciudadanos extranjeros. Pero su optimismo en este aspecto duraría poco, ya que la situación política mexicana no tardó en complicarse. La victoria electoral de Madero no significó, como algunos parecían creer, el restablecimiento de la normalidad. Para empezar, Zapata, cuyas relaciones con el líder antirreeleccionista habían sido torpedeadas por la actuación de De la Barra, se rebelaba de nuevo ese mismo mes de noviembre; y muy poco después lo haría Pascual Orozco. Las dos rebeliones tenían un carácter radicalmente distinto; pero una y otra venían a dificultar el establecimiento del “orden” y la “tranquilidad” que demandaban los norteamericanos. Y aunque la prensa española aportó muy poco al conocimiento de la naturaleza de las relaciones entre los dos países por aquellos días, sí dejó constancia, sin embargo, de que tal estado de cosas, tales desórdenes y, en definitiva, esa anarquía, era lo que menos deseaban los Estados Unidos, en cuanto que afectaban negativamente al desarrollo de sus inversiones en México. Todos los periódicos coincidían en afirmar que la actividad bélica desplegada por Zapata y Orozco enturbiaba las relaciones bilaterales.⁷

Los informes remitidos por el embajador Wilson a sus superiores no sólo reflejaban una fuerte desconfianza en la viabilidad del gobierno maderis-

6 “México y su revolución”, *La Unión Iberoamericana* del Lunes 31 de Julio de 1911, recogiendo un artículo de Agustín de Aragón publicado en la *Revista Positiva Mexicana*. Citado en Delgado, *La Revolución Mexicana.....*, p. 281.

7 Para la prensa sevillana de aquellos días no había diferencias entre las sublevaciones de Zapata y Orozco; para ella se trataba de una misma revuelta que atentaba contra los intereses extranjeros. Ver sobre ello cualquiera de los periódicos sevillanos de comienzos de 1912.

ta, sino que incluían una serie de ataques contra aquél, que cada vez se hacían más virulentos, llegando a abogar por una intervención armada. Por sus discrepancias con los documentos remitidos por las distintas oficinas consulares de su país en México, esos informes fueron acogidos con escepticismo en el Departamento de Estado; no obstante, el propio Henry Lane Wilson se ocuparía de acabar con cualquier duda. A mediados de 1912, inmediatamente después de que el embajador se desplazara a Washington, se creaba en el Senado una subcomisión para investigar la situación mexicana y actuar en consecuencia. La mayoría de los testimonios presentados en esa subcomisión, controlada por los que compartían las tesis del embajador, destacaban la “anarquía” que reinaba en aquel país y la incapacidad del nuevo presidente para restaurar la normalidad; y aunque los asesores jurídicos del Departamento de Estado señalaron que casi todos eran falsos, no tuvieron mucho éxito en sus intentos por neutralizar la acción de H. L. Wilson.⁸

Para aplacar a los que como resultado del documento elaborado por esa subcomisión clamaban por una intervención, y a una gran parte de la prensa que los apoyaba, Taft, a pesar de que había parecido dispuesto a entenderse con el régimen maderista, no dudo en utilizar la coacción contra aquél, supuestamente, en defensa de los intereses de sus ciudadanos en México. En agosto de 1912, los rotativos de la capital andaluza se hacían eco de algunas de las medidas que tomó en ese sentido. Una de ellas, que según decía la prensa favorecía a Madero, era el bloqueo del tráfico de armas con destino a los sublevados; pero paralelamente, afirmaban, Taft advertía con dureza al mandatario mexicano, que si él no podía acabar con los ataques “a los súbditos yanquis” su gobierno se ocuparía de pararlos. Y como para demostrar que se trataba de algo más que un simple aviso, en los Estados Unidos se iniciaron una serie de preparativos bélicos que, aunque según la administración norteamericana tenían como único fin la protección de sus ciudadanos, hacían pensar a muchos en la posibilidad de una intervención militar.⁹

HENRY LANE WILSON Y LA SUBLEVACIÓN FELICISTA.

Dando razones a los que, como el embajador estadounidense, afirmaban que Madero era incapaz de controlar la situación, en octubre de 1912 los porfiristas, contando con las tropas de Veracruz, se alzaron contra él y nom-

8 Álvarez Fuentes, J.: *De cara al mundo: Imágenes de la revolución Mexicana*. Secretaría de Relaciones exteriores, México, 1995, p. 13. Ver también Ulloa, *La revolución....*, pp. 40-47.

9 *El Liberal* de Sevilla, Jueves 1 de Agosto de 1912.

braron presidente a un sobrino de su líder, Félix Díaz.¹⁰ El levantamiento fue controlado casi de inmediato; pero Díaz logró escapar y organizar una nueva sublevación en febrero del año siguiente, ésta sí, con graves consecuencias tanto para el presidente mexicano como para la marcha de las relaciones con los Estados Unidos.¹¹ No obstante, la inquietud en la prensa española por una posible intervención norteamericana era tal, que parecía más interesada en los incidentes que los enfrentamientos armados causaron entre ambos países que en el movimiento en sí mismo.

Y así, mientras no hablaba para nada de la implicación en el levantamiento de Bernardo Reyes, sí lo hacía, y profusamente, sobre el caos reinante en la capital mexicana y sobre el “extraordinario pánico” de los extranjeros ante los nuevos tumultos. Los periódicos contaban que algunos de ellos se habían refugiado en sus respectivas embajadas, aunque ni siquiera los edificios diplomáticos eran respetados por los combatientes. Daban cuenta, también, de la reacción de algunos de los países que tenían ciudadanos en México, que no se habían limitado, como en otras ocasiones, a presentar “enérgicas protestas” ante el gobierno por los daños sufridos por sus compatriotas, sino que habían comenzado a tomar otras medidas. Algunos, como los cubanos, enviaron un crucero con “fuerzas de artillería e infantería, para defenderse en caso de que sufriera algún atentado”; mientras, la mayoría de los representantes diplomáticos preparaban trenes especiales a Veracruz y varios gobiernos trasladaban o contrataban navíos por si la evacuación de sus ciudadanos era necesaria.¹²

Es difícil saber si la situación de los extranjeros era tan delicada como para justificar tales movimientos; pero así lo hacía parecer el contenido de las quejas que los representantes diplomáticos presentaban al ejecutivo mexicano. De ellos, el más exigente y reiterativo era el embajador norteamericano; sus reclamaciones, y el tono en que las hacía, convencieron a muchos de que la intervención armada estaba cerca, especialmente después de que el consulado estadounidense en Veracruz sufriera las consecuencias de la refriega. Según contaba *El Liberal* de Sevilla, cuando el embajador Henry Lane Wilson tuvo conocimiento de ese suceso, se dirigió “al palacio del gobierno y protestó enérgicamente contra el hecho de que las bombas de artillería cayeran

10 *El Liberal* de Sevilla del Viernes 18 de Octubre de 1912, informaba, aunque confusamente, sobre esta revuelta.

11 Este segundo movimiento contó con mayores apoyos que el de octubre, entre ellos el de Bernardo Reyes; pero los periódicos sevillanos no supieron distinguirlo del primero.

12 *El Liberal* de Sevilla, Sábado 15 de Febrero de 1913.

sobre el consulado”, a lo que Madero respondió responsabilizando de lo sucedido a Félix Díaz, levantado “en armas contra un gobierno legítimo”.¹³ No obstante, es probable que las informaciones recogidas por la prensa española sobre esta cuestión se vieran afectadas por las “intoxicaciones” norteamericanas ya que, según la bibliografía posterior, Madero prometió hacer todo lo posible para atender las demandas que le presentaba el cuerpo diplomático extranjero,¹⁴ a pesar de que, realmente, se veía imposibilitado para evitar ese tipo de incidentes.

Los periódicos señalaban también que el gobierno norteamericano, interesado por encima de todo en que la tranquilidad volviera al país, se ofreció como mediador entre Madero y Díaz. Pero, como en otros muchos casos, su representante en México entendió la misión a su manera. El escritor y periodista mexicano Roberto Blanco Moheno afirmaba no tener dudas sobre la “desgraciada” actuación del embajador, que, según él, consideraba a México un país de “tercera clase”, y “usó y abusó de su posición oficial sin estar autorizado en absoluto”. En la misma línea, fueron muchos los observadores de la época que dejaron constancia de que este diplomático, tomando como pretexto los daños causados por los combates a los ciudadanos de su país, llegó a enviar al gobierno mexicano algunas notas que, para muchos, no fueron sino “modelo de arrogancia intervencionista”.¹⁵

La aversión de Henry Lane Wilson hacia Madero era ya tan evidente, que su colega cubano, Márquez Sterling, afirmaba que había podido apreciarla desde que, apenas llegado a aquel país, sostuvo con él algunas conversaciones sobre la situación mexicana.¹⁶ Pese a todo, no se puede olvidar que, aun suponiendo que en ciertos momentos el embajador actuara al margen de los dictados de su gobierno, éste no desaprobó sus maniobras hasta mucho más tarde, ya con la administración de Woodrow Wilson. Entre tanto, los medios de comunicación transmitieron la impresión de que Washington se mantenía a la expectativa, tolerando, aunque no aprobara del todo, las intrigas de su ministro; y que éste, aprovechándose de esa tolerancia, seguía amenazando a

13 *Ibidem.*

14 Ver, por ejemplo, Mac Gregor, J.: *México y España: del Porfiriato a la Revolución*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1992, p. 146.

15 Blanco Moheno, R.: *Crónica de la Revolución Mexicana*. (3 vols). Ed. Libro Mexicano, México, 1959-1961, pp. 146-147. Ver también González Ramírez, M.: “Prólogo”, en Sáenz, Aarón: *La Política Internacional de la Revolución*. Fondo de Cultura Económica, México, 1961, p. XIII.

16 Márquez Sterling, M: *Los últimos días del presidente Madero. (Mi gestión diplomática en México)*. Ed. Porrúa, SA, México, 1958, pp. 182-183.

Madero y presionando a la administración norteamericana para que actuara con mayor dureza contra él.

Ante lo que consideraba “tibieza” del Departamento de Estado, no dudó en autoerigirse en árbitro de la situación. El ya citado Márquez Sterling nos cuenta que, nada más producirse el levantamiento de Félix Díaz y Bernardo Reyes, y antes de que se conociera su verdadera dimensión, Henry L. Wilson convocó al cuerpo diplomático destacado en la capital, plateándole la inutilidad de reclamar al gobierno mexicano; ese gobierno, según él, no existía y, en consecuencia, no podía garantizar la protección de los ciudadanos extranjeros. También narra el ministro cubano, que en esa reunión les presentó a un “extraño personaje”, que intentó convencerlos de la necesidad de que presionaran a Madero hasta obtener su renuncia. Como, en palabras de Márquez Sterling, la mayor parte de los reunidos se negó a ello, el diplomático norteamericano decidió seguir adelante con “sus intrigas” sólo con aquellos que parecían dispuestos a secundarle; y, sin esperar las órdenes de sus superiores, se reunió separadamente con sus colegas británico, alemán y español.¹⁷

Como resultado de esa reunión, informaba la prensa sevillana, los cuatro diplomáticos se entrevistaron con Félix Díaz en el Arsenal, donde se hallaba atrincherado, para, decían los diarios, “hacerle entrar en razón” y que intentara llegar a un acuerdo con Madero; ante el fracaso de su supuesta gestión, contaban a continuación, acordaron acudir a este último y protestar, en nombre de sus respectivos países, por “la anarquía que reina en la capital” y la consecuente inseguridad para los extranjeros. Pero, en este caso, en lugar de ir todos decidieron encargar esta embajada al representante español.¹⁸ En apariencia, y así lo contaban los rotativos peninsulares, se trataba de una labor de mediación en el conflicto por parte de algunos diplomáticos extranjeros; pero si era así, no tenía demasiado sentido delegar la embajada en uno solo de ellos, el ministro español.

La explicación a este hecho nos la da el propio “delegado”, Cologan, en sus informes posteriores. Según éstos, en la reunión que tuvieron tras su fracaso con Félix Díaz, H. L. Wilson repitió un discurso que ya venía siendo habitual en él: Madero era “un loco” que debía ser incapacitado y, además, su

17 Márquez Sterling: *Los últimos días...*, pp. 194-200, y Knight, A.: *La Revolución Mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional*, Grijalbo, México, 1996, t. I, p. 542.

18 *El Noticiero Sevillano* del Sábado 15 de Febrero de 1913 nos cuenta que aunque los diplomáticos salieron “desesperanzados de la entrevista” que tuvieron con Félix Díaz, decidieron seguir adelante con sus propuestas.

situación era tan precaria que su caída dependía, tan sólo, de un acuerdo entre Félix Díaz y Victoriano Huerta que él estaba gestionando; la única manera de evitar un enfrentamiento sangriento era, por lo tanto, convencer a Madero para que abandonara el poder. Pero como la misión era delicada, debía ser Cologan, decía, el que lo hiciera, “atendiendo a los vínculos de raza”. El ministro español afirma a continuación que, como ya parecía estar todo hecho, aceptó la misión por una cuestión de humanidad y por el afecto que le tenía al presidente mexicano.¹⁹

No obstante, la misma prensa que hablaba de una embajada con fines de mediación, daba pie a una interpretación diferente sobre el objetivo de aquella. Al contar a sus lectores la visita realizada por el ministro español a Madero, aunque algún medio señalaba que se trataba sólo de protestar por la situación en que se encontraban los extranjeros, la mayor parte de ellos indicaba que su verdadero fin era “presionar” al presidente mexicano para que se retirara del poder. En este sentido, *El Liberal de Sevilla* informaba que en esa entrevista el diplomático español propuso a Madero que dimitiera, a lo que éste respondió que estaba dispuesto a ello “si era necesario para lograr la paz” y se lo pedía el Congreso, pero nunca por la presión de los diplomáticos extranjeros. A pesar de ello, afirmaba el diario, consiguió que el presidente accediera a declarar una tregua de tres días para intentar negociar con Díaz el fin de los combates, aunque este último, a quien también visitó el ministro español, la rechazó.²⁰

En aquellos momentos, sin embargo, la prensa sevillana no parecía ser muy consciente de las maniobras del embajador norteamericano y de su utilización del diplomático peninsular; pero sí parecía estar al tanto de los supuestos preparativos bélicos de su gobierno. *El Noticiero Sevillano*, por ejemplo, indicaba que ante el peligro que corrían los extranjeros en México, Washington había tomado una serie de medidas para una posible intervención militar. La partida de seis acorazados hacia aguas mexicanas fue vista por los distintos rotativos como parte de esos preparativos; y aunque recogían en sus páginas la versión oficial de la administración norteamericana de que su misión era, exclusivamente, proteger “a los súbditos yanquis contra la revolución”, no parecían dudar de que, en realidad, se estaba preparando una intervención armada.²¹

19 Cologan, B.: *Por la Verdad*. Citado en Márquez Sterling, *Los últimos días*, pp. 225-228.

20 *El Noticiero Sevillano*, Sábado 15 de Febrero de 1913, y *El Liberal de Sevilla* del Martes 18 siguiente.

21 *El Liberal de Sevilla*, Viernes 14 de Febrero de 1913, y *El Noticiero Sevillano* del día siguiente.

La opinión de las publicaciones españolas sobre esta cuestión era casi unánime; algunos diarios, en general los más conservadores, aprovecharon la ocasión para reafirmar su teoría sobre la necesidad de colocar al frente del ejecutivo a un hombre fuerte que pudiera acabar con los desórdenes. Los más progresistas, sin embargo, estaban en desacuerdo con la imagen de caos que se estaba dando de México, que, decían, se estaba utilizando como pretexto para una posible intervención. Pero todos coincidían en señalar que, como había ocurrido en 1898, los Estados Unidos habían iniciado una campaña propagandística destinada a justificar una acción armada en el país.²²

Fuera cual fuera su ideología, la coincidencia entre los distintos medios al hablar de este asunto era total. La prensa sevillana no dudaba en afirmar que Taft estaba plenamente decidido a enviar tropas a México, aunque la situación que se estaba pintando sobre aquella república no fuera real. Según *El Noticiero Sevillano*, “Taft había reunido al Consejo de Ministros para tratar la cuestión mexicana”; y éste había decidido el envío de los buques citados, cuya misión sería, a pesar de las negativas de Washington al respecto, escoltar a otros tres navíos de transporte, que llevarían “seis mil soldados” a Veracruz; simultáneamente, seguía diciendo el citado diario, se habían cursado órdenes para que la compañía de los ferrocarriles del Pacífico preparara el “material necesario” para transportar más tropas a México.²³

Por su parte, *El Liberal* recogía unas informaciones del *Morning Post* de Londres, en las que se afirmaba que aunque Taft no había tomado “todavía” ninguna decisión, estaba “preparado para cualquier eventualidad”. No obstante, añadía el rotativo sevillano, lo único que lo detenía a la hora de poner en marcha la invasión, era “la consideración de que una guerra con México sería larga y penosa y originaría muchos gastos en hombres y dinero”.²⁴ Es dudoso, desde luego, que cuando sólo quedaban unos días para que Taft entregara la presidencia a Woodrow Wilson, aquél pensara en una intervención armada; pero las amenazas de su embajador en México en ese sentido eran tan frecuentes, que la invasión parecía algo inminente para todos, incluidos gran parte de los diplomáticos destacados allí. Algunos, como el propio representante español o el cubano, estaban convenci-

22 En el primer caso se encontraban el *ABC* o *El Debate* de Madrid. Ver, en este sentido, los ejemplares del primero del Lunes 10 de Febrero de 1913, o del segundo del Lunes 17 del mismo mes y año. En el segundo se alineaban periodistas como Luis Araquistain. Citados en Delgado, *La Revolución Mexicana*..., pp. 296-299.

23 *El Noticiero Sevillano*, Viernes 14 de Febrero de 1913.

24 *El Liberal* de Sevilla del Lunes 17 de febrero de 1913, se hacía eco de ese artículo del *Morning Post* de Londres.

dos, y así lo transmitieron a sus respectivos gobiernos, de que, por encima de cualquier consideración sobre los daños supuestamente sufridos por los norteamericanos, el objetivo del ministro estadounidense era lograr la dimisión de Madero.²⁵

Con esas premisas, el conflicto armado entre ambos países parecía tan cercano, que el propio jefe del ejecutivo mexicano intentó detenerlo. Contradiciendo las informaciones del embajador norteamericano sobre su actitud, la prensa sevillana contaba que Madero había teleografiado con ese fin “al presidente de los Estados Unidos Mister Taft”, manifestándole “que el gobierno mexicano” aceptaba “las responsabilidades que pudieran alcanzar a su administración por los daños padecidos por los extranjeros”; y, al mismo tiempo, le pedía que no ordenara “desembarcar las tropas, en atención a las gravísimas consecuencias que esto acarrearía”.²⁶ Y aunque es dudoso que de ser ciertas estas peticiones tuvieran el efecto deseado sobre el ejecutivo estadounidense, lo cierto es que el temido desembarco se demoraría todavía algo más de un año, y se produciría en una situación muy diferente, con Victoriano Huerta como presidente.

DE LA CONNIVENCIA AL DESENCUENTRO.

Apenas un par de días después de que los periódicos sevillanos se hicieran eco de los esfuerzos de Francisco Madero por contener a los norteamericanos, llegaba la noticia de la caída del presidente, detenido, decían aquéllos, por los soldados que supuestamente lo protegían.²⁷ Y es que, aunque como nos muestra la bibliografía posterior a la Revolución, Huerta no estaba implicado en el levantamiento de 1913 encabezado por Félix Díaz, terminó por ponerse de acuerdo con éste para desalojar a Madero del poder; eso sí, con la valiosa intervención del embajador estadounidense, que logró reunir a ambos en la legación de su país para aliarlos contra el presidente.

El ministro cubano Márquez Sterling nos cuenta que, antes de eso, cuando todavía nadie sospechaba la implicación de Huerta en la detención del presidente, Wilson había convocado de nuevo al cuerpo diplomático destacado en la capital, informándole que el citado general sería el presidente del país y asegurándole que con él estarían a salvo los intereses de todos los

25 Informe de Cóllogan de 13 de Febrero de 1913 (HMAE-H-2558), citado en Mac Gregor, *México y España...*, pp. 148-149. Ver también Márquez Sterling, *Los últimos días...*, p. 236.

26 *El Correo de Andalucía*, Martes, 18 de Febrero de 1913.

27 *Ibidem*, Jueves 20 de febrero de 1913.

extranjeros. Márquez Sterling nos dice, además, que en esa reunión el diplomático norteamericano les leyó una lista con los nombres de los ministros que acompañarían a Huerta. Esa misma noche, pretextando una mediación entre ambos caudillos que debilitara a Madero, convenció a Díaz para que cediera la presidencia provisional a Huerta, con el señuelo de que él sería el candidato oficial a las elecciones que tendría que convocar el gobierno provisional que encabezara aquél. El resultado fue lo que se conoce como Pacto de la Embajada, por el que no sólo se llegaría al nombramiento de Huerta como presidente, sino que los dos implicados aceptarían la lista de ministros que se había presentado ya a los diplomáticos extranjeros reunidos por la mañana en esa misma sede.²⁸

Con esa maniobra, H. L. Wilson alejaba del poder al líder de los sublevados aunque, en principio, ese hecho no sería mal visto por muchos de éstos, que pensaban, como el propio embajador, que Huerta podía ser el mandatario enérgico que el país necesitaba; así lo había demostrado, al menos, con su dureza a la hora de hacer frente a las sublevaciones de Zapata y Orozco. Por otra parte, la mayoría de los gobiernos con intereses en México —y gran parte de la prensa internacional— parecieron también convencidos de que esa podría ser la mejor solución para sus intereses, pensando que el general sería capaz de terminar con el estado de guerra que se vivía en México; pero las muertes de Madero y Pino Suárez les hicieron percatarse pronto de su error.

Esas muertes no sólo no acallaron a la oposición, como al parecer se pretendía con ellas, sino que fueron el detonante para una nueva sublevación, y alejaron del general golpista a algunos sectores políticos moderados que no le eran adversos. Y algo parecido ocurrió en el ámbito internacional, donde se vieron afectadas, incluso, las relaciones con los Estados Unidos. Si nos fiamos de las informaciones suministradas por el ministro cubano, el embajador norteamericano había conseguido su propósito: librarse de Madero. Su administración había tenido con éste una serie de problemas y dificultades que se suponía que desaparecerían con el nuevo mandatario, al que él había apoyado tan decisivamente. Sin embargo, sus planes se torcieron; la muerte del presidente mexicano, cuya versión oficial nadie creyó, fue considerada por las autoridades de Washington como un crimen político, y dio al traste con cualquier tipo de entendimiento con el régimen huertista.²⁹

En contra de la opinión de su ministro en México, Taft juzgó que con esas muertes Huerta había traspasado todos los límites; y, a pesar del papel

28 Márquez Sterling, *Los últimos días...*, pp. 256-260.

29 Knight, *La Revolución Mexicana...*, t. I, p. 544.

jugado por su representante, intentó desligar a su país de cualquier acción que pudiera tener relación con aquéllas. Públicamente, contaba la prensa sevillana, y aunque afirmó que “se abstendría de intervenir en el asunto” por tratarse de una cuestión estrictamente mexicana, no sólo expresó su “profundo sentimiento” por la muerte del mandatario mexicano, sino que se negó a reconocer a Huerta como presidente.³⁰

Intentando mantener a su administración alejada de todo aquello que pudiera relacionarla con el golpe que había llevado a aquél al poder, Taft ignoraría las pretensiones de H. L. Wilson a favor de ese reconocimiento. Sin embargo, la actuación de su ministro en el país dificultaría sus esfuerzos en ese sentido, sembrando la desconfianza sobre sus declaraciones. A pesar de que ya eran muchos los que afirmaban que la opinión del diplomático no coincidía con la de sus superiores, las declaraciones de neutralidad del mandatario estadounidense fueron vistas con escepticismo por la mayor parte de los observadores. Y la prensa española no fue una excepción; ignorando las afirmaciones de Taft en sentido contrario, recogían en sus páginas todos los rumores que circulaban por México sobre la proximidad de una intervención. Algunos periódicos sevillanos llegaban a dar como seguro que, “en vista de la anarquía reinante en México, los gobiernos de Inglaterra y Estados Unidos” intervendrían “conjuntamente”; una comisión de ingleses y norteamericanos, decían, “visitará al gobierno mexicano para pedirle que se restablezca la paz. En caso contrario vendría la intervención”.³¹

Visto con la perspectiva de hoy, resulta difícil pensar que el Reino Unido interviniera en ese sentido cuando sus intereses, como acertadamente señalaba un sector de la propia prensa española, eran contrarios a los de los norteamericanos. Para la mayor parte de las publicaciones peninsulares, en el fondo de todo lo que estaba ocurriendo en México se encontraba la rivalidad anglo-americana por el petróleo mexicano; y yendo aún más lejos, algunas, como el *ABC* de Madrid, indicaban que las concesiones petroleras otorgadas por Porfirio Díaz a la compañía inglesa Mexican Eagle hicieron que la Standard Oil financiara a Madero, lo que provocaría, a su vez, que la compañía británica apoyara a Huerta frente a Carranza; y, por último, que la empresa norteamericana actuara exactamente al contrario. Puede que la sucesión de los hechos no fuera tan clara; pero la realidad es que, al contrario que los Estados Unidos, el Reino Unido, que ya antes había rechazado la posibilidad de

30 *El Noticiero Sevillano*, Martes 25 de Febrero de 1913.

31 *El Correo de Andalucía*, Jueves 27 de Febrero de 1913.

una intervención conjunta, aceptó, casi de inmediato, el régimen huertista.³²

En aquellos momentos la confusión acerca de los sucesos mexicanos y sobre la posición de determinados países frente a ellos era tal, que de ella no podía verse libre la prensa española. A esa confusión contribuían, sin duda, las discrepancias que existían entre lo que “hacía” el embajador norteamericano y las declaraciones de su administración, especialmente desde que, en marzo de 1913, se hizo cargo de la presidencia Woodrow Wilson. Henry Lane Wilson, decían los medios de comunicación sevillanos, no tardó en informar al nuevo presidente que el afianzamiento de Huerta en el poder era inevitable y que, por lo tanto, convenía proceder cuanto antes a su reconocimiento. Woodrow Wilson, sin embargo, no participaba de semejante entusiasmo por el general mexicano; aunque sin una información fiable sobre lo que realmente estaba sucediendo no se decidió de inmediato por la ruptura, tampoco accedió a lo que se le pedía. En este sentido, “en círculos oficiales norteamericanos”, indicaban los rotativos españoles, se hizo saber a la prensa “que el embajador no representa, en ningún modo, la opinión de la administración actual”.³³

El estilo de Huerta casaba poco con la “moral” de Woodrow Wilson que, desde el principio, actuó con él con mucha más dureza que su antecesor en el cargo. Los periódicos peninsulares informaban sobre esta cuestión, que apenas se hizo cargo del ejecutivo protestó ante el gobierno mexicano por la poca claridad y la “insuficiencia” de los informes oficiales sobre la muerte de Madero, al tiempo que presionaba a sus aliados internacionales para que amenazaran con retirar sus legaciones si la situación no se aclaraba. Según los diarios sevillanos, a raíz de ello Huerta acusó a los Estados Unidos de instigar a sus opositores y, en consecuencia, advirtió que desde ese momento no trataría “ningún asunto con el gobierno de Washington”; las relaciones entre los dos países, afirmaban los comentaristas políticos, quedaban rotas de hecho.³⁴ La realidad, no obstante, distaba mucho de ello; aunque Wilson no reconociera al gobierno golpista, del que se desligaba en sus declaraciones públicas, la venta de armas al régimen sólo se paró en el mes de julio, cuando ya llevaba varios meses al frente de la administración estadounidense.³⁵

Pese a ello, Wilson no era Taft; al contrario que éste consideraba que,

32 Sobre la influencia de esta rivalidad en los sucesos revolucionarios ver el artículo “Yanquis y mejicanos. Crónica de la Guerra”, publicado en *ABC* de Madrid del Domingo 26 de Abril de 1914; citado en Delgado, *La Revolución Mexicana*...., p. 286.

33 *El Liberal* de Sevilla, Jueves 31 de Julio de 1913.

34 *Ibidem*, Miércoles 14 de Mayo de 1913.

35 Knight, *La Revolución Mexicana*....., t. II, p. 588.

al menos en teoría, los intereses morales debían prevalecer sobre los materiales incluso en la política. Convencido de que los Estados Unidos tenían una misión “civilizadora” en Latinoamérica, no podía dar el beneplácito a un régimen cuyo acceso al poder se iniciaba con un asesinato. Pero como no quería tomar decisiones precipitadas y desconfiaba de los informes que le transmitía su embajador, envió a México una serie de “agentes confidenciales” para, en función de sus observaciones, decidir la política a seguir. Los informes que estos agentes remitieron a sus superiores no sólo expresaban serias dudas sobre las posibilidades de Huerta de mantenerse en el poder, algo que el embajador daba, como vimos, por seguro, sino que resultaban bastante críticos con la política huertista. A la vista de ellos, Wilson no sólo reiteró su negativa a reconocerlo, como repetidamente le pedía su representante en México, sino que, apoyando las tesis de los felicistas, exigió a Huerta la inmediata celebración de elecciones. A juicio de muchos observadores, es probable que si el mandatario mexicano las hubiera convocado con un mínimo de garantías, las relaciones con los Estados Unidos hubieran ido por un camino muy distinto. Pero, sin antecedentes políticos previos, y sin controlar los estados, lo lógico era que Huerta hubiera sido derrotado en las urnas y alejado del poder, algo a lo que no parecía muy dispuesto; y con su negativa cerró cualquier posibilidad de arreglo.³⁶

Aunque oficialmente no se produjo la ruptura de relaciones, lo cierto es que el presidente norteamericano cesó al embajador H. L. Wilson sin nombrar sustituto. Nelson O’Shanghness se quedó en México como “encargado de negocios” y se comisionó a John Lind —que actuaría, de hecho, como el verdadero jefe de la legación— para que negociara la celebración de unas elecciones que lavaran la cara al régimen. De acuerdo con esa misión, decían los diarios peninsulares, Lind propuso a la administración mexicana la declaración de un armisticio, la dimisión de Victoriano Huerta y la formación de un gobierno provisional encabezado por el ministro de Relaciones Exteriores Federico Gamboa, cuya prioridad sería la convocatoria de unas elecciones a las que el general no podría concurrir.³⁷

Tal propuesta fue rechazada de inmediato por el mandatario mexicano. Huerta parecía estar bastante seguro de su posición en el interior y, con esa base, confiaba en que, a la larga, conseguiría la aceptación estadounidense.

36 Duroselle, J. B.: *Política exterior de los Estados Unidos. De Wilson a Roosevelt. 1913-1945*. Fondo de Cultura Económica, México, 1965, pp.50 y 77, y Knight, *La Revolución Mexicana...*, t. II, pp. 622-623.

37 *El Liberal* de Sevilla, Viernes 22 de Agosto de 1913.

se. Así lo afirmó, al menos, ante el Congreso de su país, minimizando los problemas existentes entre ambos gabinetes.³⁸ En apariencia, la situación le era favorable; al contrario que sus contrincantes podía conseguir armas en Europa, donde casi todos los estados habían reconocido su régimen. Mientras, sus opositores, entre los que sólo los carrancistas habían logrado organizar un verdadero ejército, dependían, casi exclusivamente, de las que podían conseguir en los Estados Unidos que, en virtud de su declarada neutralidad, habían prohibido el comercio de armas con México en julio de 1913.³⁹ Tuvieron que conformarse entonces con el contrabando que, aunque no desapareció por completo, se vio considerablemente dificultado por la vigilancia de las autoridades del otro lado de la frontera.

Es lógico pensar, pues, que los constitucionalistas, aun dominando, como lo hacían, algunos estados norteros, tendrían serias dificultades para avanzar y que Huerta terminaría por imponerse; de ser así, de mejor o peor grado los norteamericanos terminarían por aceptar los hechos consumados. Pero si ese era el planteamiento que se hacía el mandatario mexicano, el tiempo se encargaría de demostrarle su error; aunque en principio los carrancistas no lograron grandes progresos, tampoco él era capaz de acabar con la resistencia, lo que serviría de argumento a los Estados Unidos para insistir en la necesidad de su dimisión. Se mantenía el estado de guerra y Wilson, decían los rotativos sevillanos, aconsejaba a los ciudadanos norteamericanos que abandonaran México. Semejante “consejo” fue considerado por las autoridades vecinas como un claro acto de hostilidad, al que respondieron advirtiendo a Washington que si sus representantes en el país —es de suponer que se refería a los agentes confidenciales enviados por Wilson—, no contaban con las debidas cartas credenciales, “serían expulsados”.⁴⁰

LA RADICALIZACIÓN DEL CONFLICTO.

Decidido a mantenerse en el poder, Huerta intentó instrumentalizar a su favor el nacionalismo mexicano incrementando las protestas públicas contra las “intromisiones” de su poderoso vecino. Paralelamente, pretendió hacer creer a la oposición interior que convocaría unas elecciones a las que no se presentaría, haciendo saber, a través de su ministro de Estado, que la Constitución “se lo prohibía”. Como parte de la misma estrategia, llamaba a Félix Díaz, que se

38 *Ibidem*, Sábado 20 de Septiembre de 1913.

39 Knight, *La Revolución Mexicana.....*, t. II, pp. 588-89 y 624.

40 *El Liberal* de Sevilla, Sábado 20 de Septiembre de 1913.

encontraba en Europa, para que volviera al país con el fin de presentar su candidatura a los comicios. De ese modo respetaba, decían los diarios españoles, el espíritu del Pacto de la Embajada, por el que se había comprometido a “no oponerse a la elección del señor Díaz para la presidencia de la república”.⁴¹

Pero aunque, efectivamente, hubiera dudas sobre la legalidad de que Huerta concurreniera a las elecciones, y a pesar de las declaraciones de su ministro en ese sentido, el mandatario mexicano volvió a las andadas; rechazando públicamente las presiones norteamericanas sobre su candidatura, confirmó los temores de los que estaban convencidos de que no estaba dispuesto a abandonar el poder. Como una prueba más de ello, tras la decisión de la Cámara Legislativa de investigar una serie de crímenes políticos entre sus miembros, atribuidos por todos al huertismo, ordenó la detención de algunos diputados y cerró, sin más, el Parlamento, con el pretexto de que estaba conspirando “contra la paz de la república”.⁴²

El presidente norteamericano declaró entonces a la prensa que con su persecución a los parlamentarios mexicanos Huerta había demostrado “la razón” con la que había actuado “al no reconocerle”.⁴³ Al mismo tiempo que justificaba así su negativa a aceptar al nuevo mandatario, informaban los rotativos españoles, Wilson solicitaba a las naciones que habían reconocido al gobierno del “dictador” que retiraran ese reconocimiento.⁴⁴ La realidad es que no se conformó con “solicitar” sino que, según algunos autores, presionó directamente a distintas potencias para lograr que Huerta fuera rechazado en todos los ámbitos internacionales. Y aunque en un primer momento no tuvo demasiado éxito, a la larga consiguió lo que pretendía. A pesar de que el Reino Unido pensaba que sus intereses en México estaban a salvo con el general y, en principio, hizo caso omiso a tales requerimientos, a medida que se acentuaba el peligro de guerra en Europa fue variando su posición y terminó por retirar a su representante en México.⁴⁵

Obviando esas presiones, Huerta siguió con sus planes; alegando que con el cierre del Parlamento, que según él era sólo “temporal”, no había cambiado nada, mantuvo la convocatoria electoral para el 26 de octubre. Los Estados Unidos sostenían que unas elecciones celebradas en tales con-

41 *Ibidem.*

42 Alessio Robles, M.: *Historia Política de la Revolución Mexicana*, Ed. Botas, 1946, pp. 83-84; Knight, *La Revolución Mexicana...*, t. II, p. 626, y Richmond, D. W.: *La lucha nacionalista de Venustiano Carranza 1893-1920*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 74.

43 *El Liberal* de Sevilla, Lunes 13 de Octubre de 1913.

44 *Ibidem.* Sábado 18 de Octubre de 1913.

45 Duroselle, *Política exterior...*, p. 78, y Ulloa, *La revolución intervenida...*, pp. 127-130.

diciones carecerían de validez y que, por tanto, las ignorarían; y, pasando ya de las simples advertencias a las amenazas, decían los diarios sevillanos, el gabinete de Washington comunicó al mexicano, que si sucedía “algo grave a los diputados presos y a los extranjeros residentes en México el castigo sería inmediato”.⁴⁶ Pero Huerta, desoyendo esas advertencias, no sólo limitó la propaganda de los partidarios de Félix Díaz sino que trató de sobornar o intimidar a los miembros de la oposición, incluidos los propios candidatos presidenciales, y multiplicó las detenciones entre los que no se plegaban a sus designios.⁴⁷

Ni siquiera Félix Díaz se libraría de la persecución. Haciendo caso al llamamiento que le había hecho el presidente, el sobrino de Porfirio Díaz había regresado a México; pero nada más llegar tuvo que esconderse, al enterarse, indicaban los rotativos, de que Huerta había ordenado su detención. De acuerdo con las informaciones que llegaban a la península, se había ordenado que Díaz fuera detenido nada más celebrarse los comicios, acusado de haber preparado una sublevación “para el caso de que no fuera elegido”. No sabemos si tal orden existió; pero así debió creerlo Félix Díaz, que buscó asilo en el consulado norteamericano. Los periódicos contaban también, que esa legación fue rodeada entonces por fuerzas mexicanas, que exigieron la entrega del candidato. Se abrió así un nuevo frente en el contencioso con los Estados Unidos, cuyas autoridades, en claro desafío al mandatario mexicano, ordenaron que Díaz fuera protegido y trasladado donde él quisiera.⁴⁸

Todas esas “anomalías” no impidieron, sin embargo, que, tal y como estaba previsto, las elecciones se celebraran el día para el que estaban señaladas, aunque, como sabemos, no servirían de nada. La prensa española informó que los candidatos oficiales habían sido Félix Díaz, por el Partido Católico, Requena por los conservadores, y Magón por el Partido Liberal, sin que Huerta apareciera entre ellos; y que los resultados “arrojaron un resultado tan exiguo para los distintos candidatos” que el gobierno mexicano había comunicado que había que repetirlos.⁴⁹ Lo cierto es que al principio se había anunciado el triunfo de Huerta, pese a que los diarios hispalenses no lo habían incluido entre los candidatos; pero la participación había sido tan escasa y las anomalías tan descaradas, que más de la mitad de los distritos electora-

46 *El Liberal* de Sevilla del Sábado 18 de Octubre de 1913. Sobre los incidentes anteriores a las elecciones ver *El Correo de Andalucía* del Sábado 25 del mismo mes y año.

47 Knight, *La Revolución Mexicana*..., t. II, p. 627.

48 *El Correo de Andalucía*, Sábado 25 de Octubre de 1913.

49 *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 29 de Octubre de 1913.

les no facilitaron las actas y la administración se vio obligada a la anulación, realizando una nueva convocatoria para el 14 de julio siguiente. Eso sí, entre tanto Huerta se había librado de una Cámara en la que se había ganado múltiples enemigos, y de algunos altos cargos que le habían sido impuestos por el Pacto de la Embajada,⁵⁰ con lo que, al menos en apariencia, salía reforzado de la crisis.

La realidad, no obstante, era que el control de la situación se le iba escapando sin remedio. La presión norteamericana no aflojaba y el temor a una invasión hizo que, incluso en círculos cercanos al poder, surgieran voces partidarias de la retirada del general, y que la prensa hablaba claramente de importantes “deserciones” en el campo huertista. También se decía que la convicción de que la intervención armada norteamericana estaba próxima era tan fuerte, que el “ministro de Asuntos Extranjeros” había pedido a Washington que se aplazara “toda acción hasta que los funcionarios mexicanos pudieran hablar con Mister Lind en Veracruz”.⁵¹ Esa petición respondía, para muchos comentaristas, a los intentos de algunos sectores cercanos al poder de deshacerse de su líder, convencidos de que si éste desaparecía de la escena política podían conjurar el peligro de invasión y, quizás, llegar a algún tipo de acuerdo con los constitucionalistas.⁵²

Y aunque la prensa desconocía hasta qué punto eso era cierto, sí sabía lo suficiente para informar sobre la existencia de “desacuerdos” entre los golpistas. En este sentido, daba cuenta a sus lectores de que entre los propios “amigos” del presidente había opiniones contrapuestas “sobre la conducta que deberán seguir”. Algunos rotativos se atrevían a asegurar, que incluso alguno de los ministros de Huerta estaba intentando convencerlo para que se retirara, como único medio para detener la invasión norteamericana; pero las declaraciones del mandatario mexicano dejando claro que estaba dispuesto a enfrentarse a quien fuera necesario antes que abandonar o pactar con los rebeldes,⁵³ daban fe del fracaso de tales intentos.

A la vista de ello, los Estados Unidos se mantendrían en su postura;

50 Knight, *La Revolución Mexicana.....*, t. II, p. 627.

51 Sobre esta cuestión y sobre los supuestos preparativos bélicos norteamericanos, ver *El Correo de Andalucía* del Viernes 14 de Noviembre de 1913, *El Liberal* de Sevilla del Domingo 16 y Viernes 21 siguientes, así como *El Noticiero Sevillano* del Jueves 4 de Diciembre del mismo año.

52 De hecho, tanto F. León de la Barra como el ex ministro Limantour habían presentado al gobierno estadounidense sendos planes para, con su ayuda, arrojar a Huerta del poder y acabar con la sublevación. Ver Knight, *La Revolución Mexicana.....*, t. II, pp. 680-681.

53 *El Correo de Andalucía*, Sábado 15 de Noviembre de 1913.

en este sentido, los periódicos españoles se hacían eco de los rumores que corrían por la capital mexicana, hablando de una nota, supuestamente enviada por Wilson al “general Huerta”, en la que le pedía su dimisión y le advertía, al mismo tiempo, que tendría “graves consecuencias el que designe sucesor entre sus parientes o amigos”. Y aunque los norteamericanos desmintieron la existencia de ese texto, en círculos oficiales mexicanos se afirmaba que, con sus presiones políticas y su “intromisión ilegítima” en los asuntos internos de otro país, Wilson estaba apoyando a los rebeldes.⁵⁴ Se venía a reconocer así, al margen de que la citada nota fuera real o no, las fuertes presiones a que Huerta estaba siendo sometido.

Reforzando esta idea, los rotativos españoles contaban que el representante norteamericano en México había hecho saber a las autoridades, que su gobierno “vería con buenos ojos” la formación de un ejecutivo provisional; y que si Huerta seguía en el poder o intentaba influir de algún modo en ese gobierno, recibiría “un ultimátum” y se procedería “enérgicamente”. La respuesta de Huerta fue elevar el contingente del ejército de 80.000 a 150.000 hombres para resistir un posible ataque, y manifestarse dispuesto a facilitar armas a todo el que quisiera luchar contra los norteamericanos.⁵⁵ Pero no parece que tuviera mucho éxito en su llamamiento a los ánimos patrióticos sino que, por el contrario, con la extensión del reclutamiento aumentarían los descontentos.

Entre tanto los carrancistas, que continuaban su avance militar, iban ganando también la batalla propagandística; y Carranza, que nada más proclamar el Plan de Guadalupe había manifestado que si llegaba al poder respetaría los derechos de los extranjeros en el país, parecía contar con mayores simpatías que su rival en el ámbito internacional. Una muestra de ello era que sus seguidores, citados hasta poco antes como simples “rebeldes” en los comunicados de prensa internacional, habían pasado a ser para ésta los “constitucionalistas”, adquiriendo una respetabilidad impensable poco antes. Gracias a ello, sus esfuerzos por lograr el reconocimiento internacional y, lo que era aún más importante en aquellos momentos, el fin del embargo de armas, comenzaron a tener respuesta en algunos sectores políticos estadounidenses.

Ante la reiterada negativa de Huerta a abandonar el poder, el Senado norteamericano terminó por proponer el levantamiento del embargo de armas para los carrancistas. Wilson se resistiría algún tiempo a ello, reacio, todavía, a inclinarse oficialmente hacia el bando constitucionalista. Su opción prefe-

54 *Ibidem*, Miércoles 5 y Sábado 8 de Noviembre de 1913.

55 *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 5 de Noviembre de 1913, y *El Correo de Andalucía* del Sábado 8 del mismo mes y año.

rente era el acuerdo con los que, desde dentro del régimen, estaban dispuestos a prescindir del general. No obstante, no tardaría en darse cuenta de que las propuestas de negociación que le presentaban personajes como De la Barra o Limantour nunca serían aceptadas por los sublevados. En consecuencia, comenzó a desentenderse de una posible transacción con los que, de un modo u otro, habían estado con el general y decidió acabar con Huerta lo más rápidamente posible.⁵⁶

La prensa española aseguraba al respecto que, si Huerta no dimitía, estaba dispuesto a bloquear México e, incluso, a llegar a “la invasión de territorio mexicano”, para que la situación del general se hiciera tan insostenible ante sus compatriotas que se llegara a su destitución. Según algunas publicaciones, aunque el gobierno norteamericano tomaría esa medida sólo “en caso extremo”, había ordenado ya la concentración de dos mil soldados de infantería de marina en Guantánamo, listos para salir hacia México en el momento en que se les diera aviso. A la espera del resultado de sus gestiones, los norteamericanos desplegaron también diez buques de guerra en el Atlántico y cinco en el Pacífico y, decían los periódicos, preparaban otros “20 buques” para enviarlos a aguas mexicanas.⁵⁷

La confirmación de que las diferencias eran ya insalvables la daría el mensaje anual del presidente norteamericano a las Cámaras de su país; en él, prestando una atención especial a sus vecinos, afirmó ser “escéptico” en cuanto a la posibilidad de conseguir la “paz en América mientras el general Huerta no abandone el poder que usurpó”; en caso de que persista, continuaba, “tal estado de cosas, que amenaza la paz, el orden y la vida de los súbditos yanquis, no está lejana la fecha en que se restablezca la normalidad gracias a la inteligencia y energía de otros jefes”. El contenido del discurso, al menos tal y como lo presentó la prensa en España, hacía pensar más en un apoyo a los insurrectos que en una intervención armada; pero no por eso disminuyeron los rumores sobre la inminencia de ésta, que Huerta utilizaría para exaltar los sentimientos “antiyanquis” y presentarse ante sus conciudadanos como una víctima de las ambiciones extranjeras.⁵⁸

Para agravar la situación, a mediados de diciembre tuvo lugar una escaramuza entre soldados de ambos países en El Paso, que tendría importantes

56 Knight, *La Revolución Mexicana...*, t.II, pp.680-681.

57 Ver *El Correo de Andalucía* del Viernes 14 de Noviembre de 1913, *El Liberal* de Sevilla del Domingo 16 y Viernes 21 siguiente, y *El Noticiero Sevillano* del Jueves 4 de Diciembre del mismo año.

58 *El Noticiero Sevillano*, Jueves 4 de Diciembre de 1913.

repercusiones en los Estados Unidos. Los diarios españoles decían que cuando se conoció en Washington que los mexicanos habían sido los iniciadores del incidente, y aunque la única baja que se citaba era un soldado mexicano,⁵⁹ se produjeron algunas reacciones disparatadas. Una de ellas, que se discutió en el Senado, pedía que se bloqueara la frontera común por la zona afectada, “por medio de una alambrada de seis pies de altura”. Las mismas informaciones indicaban, no obstante, que el gobierno norteamericano, actuando con mayor sensatez de la que ahora parecen mostrar sus sucesores, descartó semejantes medidas.⁶⁰

Es probable que los fuertes rumores que corrían entonces por México sobre la inmediata caída del general fueran un factor decisivo para moderar la postura de la administración norteamericana. Algunas noticias aparecidas en los rotativos de aquel país, recogidas también por los españoles, indicaban que Wilson había “recibido a este propósito informaciones tan concluyentes” que había “ordenado los preparativos necesarios” para hacer frente a lo que pudiera ocurrir. Entre esos preparativos estaría, decían, el envío de algunos “destacamentos de marina y tierra”, con el fin “de que se ocupe la capital durante la elección” del sucesor de Huerta, algo que, como sabemos, resultaría falso. Como también lo sería entonces la supuesta caída del mandatario mexicano que, en palabras de su “ministro de negocios extranjeros”, no abandonaría el poder por muchas presiones que recibiera, “por ser el único hombre capaz de cumplir la misión que le está reservada”.⁶¹

Los carrancistas, entre tanto, seguían ganando terreno ante el gobierno de Washington. John Lind, que a comienzos de 1914 volvía a su país para informar sobre la situación, sería su principal valedor ante el presidente. Gracias a sus gestiones Wilson recibió una delegación constitucionalista, que intentó tranquilizarlo en cuanto a la naturaleza y las intenciones de su movimiento. Las consecuencias de ello se dejaron sentir pronto; el 10 de febrero de 1914 se anulaba el embargo de armas para los carrancistas. La realidad es que Lind, aparentemente convencido de que, en caso contrario, la lucha se prolongaría indefinidamente, llegó a proponer a su presidente que fuera más allá del levantamiento del embargo, y apoyara militarmente a los constitucio-

59 Esa fue la única baja que recogieron las noticias de los periódicos sevillanos, sin citar si hubo o no heridos graves entre ambos contendientes. *El Liberal* de Sevilla, Sábado 20 de Diciembre de 1913.

60 *El Noticiero Sevillano*, Lunes 22 de Diciembre de 1913. Según *El Liberal* de Sevilla del Sábado 20 del mismo mes, la reacción estadounidense se limitó a ordenar a sus oficiales que, “para evitar” hechos parecidos, hicieran lo posible para no responder a ningún tipo de provocación.

61 *El Liberal* de Sevilla del Martes 10 y 17 de Febrero de 1914.

nalistas, algo a lo que Wilson se mostraba reacio. Aunque no descartaba tal posibilidad, consideraba que podría ocasionar reacciones “poco deseables” en México, por lo que la condicionaba a que Carranza estuviera de acuerdo y aceptara, además, algunas condiciones.⁶²

Las publicaciones españolas presentaron el levantamiento del embargo como resultado de una negociación, en la que Carranza se había comprometido a que ocuparía la presidencia sólo provisionalmente y mientras se procedía a la celebración de elecciones, y a permitir la entrada de tropas norteamericanas para proteger a los extranjeros; a cambio, los Estados Unidos lo reconocerían como beligerante y permitirían el comercio de armas.⁶³ Pero lo cierto es que el Primer Jefe no aceptó condicionar ninguna de las dos cosas a la celebración de unas elecciones que, en la situación que vivía la nación, consideraba inviables; y mucho menos a una autorización para la entrada de tropas extranjeras en territorio mexicano.⁶⁴ Su negativa no impidió, sin embargo, que se iniciara el comercio de armas; para entonces, la administración estadounidense estaba convencida de que los constitucionalistas eran la única alternativa al caos.

DE TAMPICO A VERACRUZ.

Desde ese momento la situación del presidente mexicano sería cada vez más débil. Por una parte, la mayor facilidad de los carrancistas para conseguir armas favoreció su avance. Por otra, un exceso de celo de las tropas gubernamentales destacadas en Tampico originaría un enfrentamiento diplomático con los Estados Unidos, que sería visto por muchos observadores como el detonante para el desembarco norteamericano. El incidente careció realmente de importancia; se limitó al arresto de varios marineros norteamericanos que habían desembarcado sin permiso, según sus jefes para aprovisionarse, y a su casi inmediata liberación. Pero la administración Wilson, que desde hacía tiempo buscaba un pretexto que “justificara” una intervención armada, simuló tomarlo como una grave ofensa y exigió las correspondientes satisfacciones. A partir del relato del jefe de las fuerzas de la plaza, Ignacio Morelos, Blanco Fombona nos cuenta que aunque los superiores de los marineros detenidos agradecieron a aquél su comportamiento en este asunto,

62 Richmond, *La lucha nacionalista...*, p. 75, y Knight, *La Revolución Mexicana...*, t. II, pp. 682-683.

63 *El Liberal* de Sevilla, Viernes 27 de Febrero de 1914.

64 Knight, *La Revolución Mexicana*, t. II, p. 682.

como “Washington” –y en esto coincidía con las apreciaciones periodísticas españolas– “estaba a la caza de una oportunidad para romper sus relaciones con el gobierno de México...., de seguro que de la Casa Blanca vinieron cablegráficamente otras órdenes”, y los mismos que habían expresado antes su gratitud a Morelos, fueron después a “exigir” una reparación por la “grave ofensa” que había hecho a su país.⁶⁵

A raíz de este incidente, decían los diarios peninsulares, Wilson había notificado a las Cámaras su intención de exigir satisfacciones al gabinete de Huerta, afirmando que, si nos las recibía, tomaría una serie de medidas contra aquél; entre ellas estaría la posibilidad de ocupar Tampico y Veracruz. Los rotativos añadían que la escuadra del Atlántico había recibido órdenes de dirigirse a México y bloquear los citados puertos, haciendo pensar a todos que el enfrentamiento bélico era inevitable. Los norteamericanos afirmaban que no pretendían “atacar” a México, sino sólo llevar a cabo un bloqueo pacífico de estos puertos para presionar a Huerta, “un hombre”, decían, que injustamente “se atribuye el título de presidente”. En palabras de *El Liberal* de Sevilla, escéptico respecto a esa intención, la situación debía ser “gravísima” cuando exigía “la presencia yanqui en aguas mexicanas”, sobre todo porque en círculos oficiales norteamericanos se rumoreaba que, “en breve”, Wilson pediría autorización a las Cámaras para intervenir en México.⁶⁶

De hecho, el mismo día que las declaraciones citadas aparecían en las publicaciones hispalenses, el 21 de abril, las tropas estadounidenses desembarcaban en Veracruz. Una serie de informes consulares que indicaban la llegada inminente de “el vapor alemán «Ypiranga»”, con “millones de cartuchos, ametralladoras y fusiles” para los huertistas, fue, al parecer, el motivo definitivo. Los “yanquis” estaba decididos, decían los rotativos sevillanos, a apoderarse de esas armas, quedándose con ellas si ya estaban pagadas, o “devolviéndolas a las fábricas” en caso contrario; y, añadían, lo mismo pretendían hacer con otro cargamento transportado en “un buque japonés” con el mismo destino.⁶⁷ Ese material podía haber alargado innecesariamente la presidencia de Huerta y Wilson tomó la decisión de impedir que llegara a su destino aunque eso le ocasionara problemas con Alemania; y para evitar futuros suministros habría ordenado, también, la ocupación de la aduana de Veracruz.⁶⁸

65 Alessio, *Historia política*...., pp. 104-105, y Blanco-Fombona, H.: *Panoramas mejicanos*, Madrid, Ed. Renacimiento, 1929, pp. 175-181.

66 *El Liberal* de Sevilla, Jueves 16 y Martes 21 de Abril de 1914.

67 *Ibidem*, Domingo 26 de Abril de 1914.

68 Knight, *La Revolución Mexicana*...., t. II, pp. 693-694, y Richmond, *La lucha nacionalista*...., p. 296.

Unos días después de producirse el desembarco, los diarios contaban que “un millar” de soldados, “con numerosos cañones y ametralladoras”, habían ocupado el puerto y algunos edificios públicos —entre ellos el consulado norteamericano y la oficina de correos y telégrafos— sin encontrar apenas resistencia en la guarnición de la plaza, y sufriendo sólo cuatro bajas.⁶⁹ Según las crónicas periodísticas, sin embargo, el asunto no parecía terminar ahí; en aquellos momentos, decían, se dirigían también a aquel puerto la escuadra del Atlántico, el “acorazado Missisipi” con “cuatro aviadores y aparatos”, y una “brigada” y “un regimiento de infantería” procedentes de Galvestone y Filadelfia. Además, las noticias que llegaban de la frontera terrestre no eran más tranquilizadoras; *El Liberal* de Sevilla recogía en sus páginas “un cablegrama expedido en Baco”, en el que se afirmaba que “una patrulla de caballería yanqui, formada por 15 hombres a las órdenes de un sargento”, había sido apresada por “los rebeldes” después de atravesar la frontera. El suceso podía haber quedado en un incidente aislado; pero, según se decía en el citado cablegrama, “un cuerpo de tropas yanquis” pasó también entonces al lado mexicano y ocupó la citada población. “En toda la frontera y puertos mejicanos”, afirmaba el citado diario, reinaba “una actividad febril”, ante lo que parecía el comienzo de una invasión que, añadía, había sido aprobada unos días antes en la “Cámara por 887 votos contra 27”.⁷⁰

Huerta, informaban los rotativos, reaccionó decretando la inmediata expulsión del representante estadounidense; y para evitar un supuesto avance “yanqui” hacia la capital, ordenó “destruir el ferrocarril de Veracruz a Méjico”.⁷¹ La expulsión del diplomático alentó, a su vez, a los que en los Estados Unidos “vociferaban” desde las páginas de la prensa amarilla una serie de discursos impregnados de un imperialismo agresivo, que incitaban a una verdadera invasión. Por suerte para México, esos grupos no tenían nada que ver con los que tenían suficiente poder e influencia para determinar la política norteamericana. Aunque las grandes empresas con intereses allí querían que su gobierno las apoyara, deseaban evitar, en lo posible, un conflicto bélico que, fuera cual fuera el resultado, perjudicaba sus intereses.⁷²

Sin embargo, las declaraciones de los que llamaban a supuestas “gue-

69 *El Correo de Andalucía*, Viernes 24 de Abril de 1914. En realidad los soldados desembarcados fueron 3.500, y no “un millar” como dijo la prensa española. Ver sobre ello Knight, *La Revolución Mexicana...*, t. II, p. 694.

70 *El Liberal* de Sevilla, Domingo 26 de Abril de 1914.

71 *El Noticiero Sevillano*, Jueves 23 de Abril de 1914, y *El Liberal* de Sevilla del Domingo siguiente.

72 Knight, *La Revolución Mexicana...*, t. II, pp. 695-697.

rras patrióticas” lograban mayor eco en los medios de comunicación, incrementando la confusión general acerca de hasta dónde estaba dispuesto a llegar Wilson en su enfrentamiento con el presidente mexicano. Por eso, aunque la prensa española reflejaba en sus páginas las repetidas declaraciones de la administración estadounidense aclarando que sus propósitos de “invasión” no iban más allá de la ocupación de Veracruz, eran muchos lo que, a la vista de los titulares de algunos rotativos de su país, desconfiaban de tales manifestaciones.

Ese mismo “patrioterismo” se daría también al otro lado de la frontera; aunque parecía claro para todos que la presencia norteamericana en Veracruz contribuiría a la derrota del régimen, fue recibida con desagrado por amplios sectores políticos y sociales, incluidos algunos de los sublevados; además de considerarla una injerencia inadmisibles en sus asuntos, recelaban de las supuestas “buenas intenciones” que declaraban las autoridades estadounidenses. Y, como es lógico, Victoriano Huerta intentó aprovechar esos sentimientos, sirviéndose de la prensa de su país para excitar los ánimos populares contra el agresor. Con este fin, anunciaba en un “exaltado discurso” que, ante esa agresión, lograría poner en pie de guerra otros veinte mil hombres, con los que lucharía “hasta la muerte por la independencia de México”.⁷³

El resultado de sus esfuerzos sería, no obstante, dudoso; según algunos de sus contemporáneos, como Miguel Alessio Robles, el desembarco de los norteamericanos “mereció la condenación de todos los mexicanos”; no sólo “cra un ultraje” al gobierno de Victoriano Huerta, sino “una ofensa a toda la nación”. En todo el país, nos cuenta, y especialmente en la capital, tuvieron lugar “manifestaciones tumultuosas en contra de esa intervención”. Por el contrario, los informes remitidos a su administración por los cónsules de los Estados Unidos en México en distintas poblaciones mexicanas, señalaban que, aunque hubo algunos incidentes, fueron hechos aislados que no representaron verdadero peligro para sus ciudadanos.⁷⁴

Con informaciones tan contradictorias no resulta fácil conocer la reacción de los mexicanos al desembarco y a la propaganda huertista, sobre todo cuando la propia prensa mexicana contribuía a aumentar la confusión; todos los diarios constataban que en la capital mexicana imperaba la anarquía y que las manifestaciones populares eran cada vez más numerosas; pero las versiones sobre su naturaleza eran diversas; unos decían que estaban dirigi-

73 *El Noticiero Sevillano*, Jueves 23 de Abril de 1914.

74 Alessio, *Historia política...*, pp. 106-111, y Knight, *La Revolución Mexicana...*, t. II, pp. 698-699.

das contra Huerta, y otros que contra la ocupación de Veracruz. Sobre lo que no hay duda, sin embargo, es sobre el fracaso del general a la hora de utilizar esa ocupación para apaciguar lo que él llamaba “luchas internas”. Tres días después de la ocupación del puerto, el mandatario mexicano se manifestó dispuesto a acoger en su ejército a los insurrectos, prometiendo mantenerles el mismo grado que tuvieran entre las tropas rebeldes, y que no sufrirían “castigo alguno” cuando se restableciera “la normalidad”.⁷⁵

Para muchos observadores de la época su oferta implicaba una amnistía total que, si creemos las afirmaciones de Huerta de que todos los que quisieran “defender a la patria” podrían volver al país sin temor a represalias, se extendía también a los exilados.⁷⁶ En esa línea, decían los distintos periódicos, “había enviado emisarios a los generales Villa y Carranza, diciéndoles que debían unirse para combatir a los yanquis”, confiado en que así lo harían por “patriotismo, por la defensa de la patria”. Y en un principio, recogiendo los rumores que los propios huertistas hacían circular, algunos rotativos peninsulares llegaron a creer que “los partidos mexicanos” aceptaban los términos de esa amnistía y se unían “contra el peligro común”. Pero pronto pudieron comprobar que esas noticias eran falsas; los mismos diarios que se hacían eco de ellas las desmentían o, al menos, las matizaban casi de inmediato.⁷⁷ Es cierto que algunos revolucionarios mostraron su desacuerdo con la intervención militar estadounidense; el propio Carranza, con el que el gabinete de Washington había comenzado a negociar tiempo antes, protestó por la violación de territorio mexicano, afirmando, decían los periódicos, “que la intervención yanqui” era “un acto de hostilidad contra la tranquilidad de la nación”; pero también lo es que su dependencia de aquel país para conseguir armamento le impedía ir más allá de una protesta formal.⁷⁸

La realidad es que el desembarco estadounidense no hizo sino poner de manifiesto las diferencias que ya existían entre Carranza y Villa y, en definitiva, ahondar su distanciamiento. Mientras que el líder constitucionalista, bien por convicción, bien por hacer patente su nacionalismo ante la población, protestaba por una intervención que, sin lugar a dudas, podía favorecerle, Villa manifestaba a los periodistas estadounidenses que su pueblo “deseaba conservar las mejores relaciones de amistad con el gobierno de Washington”.

75 *El Liberal de Sevilla*, Sábado 25 de Abril de 1914.

76 *El Noticiero Sevillano*, Jueves 23 de Abril de 1914.

77 *El Liberal de Sevilla*, Miércoles 22, Sábado 25 y Domingo 26 de Abril de 1914.

78 *El Correo de Andalucía* del Viernes 24 de Abril de 1914, y *El Liberal de Sevilla* de dos días antes.

En una situación tan delicada como aquélla, en que una potencia extranjera ocupaba una parte —aunque fuera pequeña— de territorio nacional, tales declaraciones tenían que disgustar a Carranza, que amonestó al jefe de la División del Norte, algo que, como siempre, no fue aceptado de buen grado por este último.⁷⁹

De todos modos, las protestas de los carrancistas, como ya se ha dicho, no podían ser nada más que formulismos, dirigidos a neutralizar posibles acusaciones de connivencia con el invasor; aunque repudiaran y desconfiaran de la acción de los estadounidenses, no podían hacer nada que pusiera en peligro el levantamiento del embargo que, decían los periódicos, estaba resultando tan decisivo para la caída del régimen como la propia ocupación de Veracruz, ya que eran “las ametralladoras del transporte «Patria»...”, las que estaban causando la mayores bajas entre las tropas de Huerta.⁸⁰

LAS CONVERSACIONES DE NIÁGARA.

Ante el avance de los insurrectos, por un lado, y la presencia norteamericana por otro, todos parecían ser conscientes de la desesperada situación en que se encontraba el presidente. Para apretar más la tuerca, a medida que su posición se debilitaba las disensiones surgidas en su propio bando se iban agravando. Las deserciones entre las tropas federales, parte de ellas alistadas a la fuerza, eran constantes, y algunos de los antiguos partidarios del general, conscientes de que su fin estaba próximo, buscaban la mediación internacional para negociar con el gobierno de Washington y con los rebeldes, antes de que la situación los desbordara y quedaran apartados definitivamente del poder.⁸¹

Argentina, Chile y Brasil respondieron a esa demanda, manifestándose dispuestas a actuar como mediadoras en el conflicto; su ofrecimiento fue inmediatamente aceptado por la administración Wilson, mientras Huerta, forzado por sus propios aliados, terminó también por hacerlo. Sin embargo, las reuniones entre los delegados internacionales y los de los Estados Unidos y México, que tuvieron lugar en Niágara, comenzaron ante el pesimismo de los propios mediadores y de la prensa internacional, para la que la única posibilidad de llegar a un arreglo pacífico dependía de la capacidad de presión de éstos sobre el mandatario mexicano. Y así fue, realmente; a los pocos días

79 Alessio, *Historia política*..., p. 112, y Knight, *La Revolución Mexicana*..., t. II, pp. 701-702.

80 *El Liberal* de Sevilla, Domingo 26 de Abril de 1914.

81 Knight, *La Revolución Mexicana*..., t. II, pp. 704-706.

de iniciarse, los rotativos informaban de la redacción de una primera proposición de paz, que se presentó a ambos bandos. De seguirla, los Estados Unidos aceptarían desalojar Veracruz. Huerta, por su parte, se comprometería a declarar un armisticio y a entrevistarse con Venustiano Carranza y Zapata, con el fin de llegar a un arreglo con ellos que permitiera la pacificación de la república.⁸²

Esa propuesta fue rechazada, de inmediato, por Washington y los carrancistas, que veían cómo los mediadores internacionales, en lugar de, como ellos pretendían, forzar a Huerta a abandonar el poder, ampliaban su margen de maniobra. Desde el momento en que para llevar adelante las conversaciones con los insurrectos había que declarar previamente un armisticio, le estaban dando una tregua en unos momentos en que, para todos los observadores, tenía perdida la guerra. Carranza, desde luego, no estaba dispuesto a ninguna negociación que exigiera detener una lucha que le era claramente favorable. Sólo las autoridades de Washington podían haberlo obligado a ceder, amenazando con cortar el suministro de armamento; y ya sabemos que tampoco ellas estaban dispuestas a aceptar un desenlace que no contemplara el que parecía el principal objetivo de la ocupación de Veracruz: la caída de Huerta.⁸³ Su postura fue inequívoca: no sólo no abandonarían el citado puerto, sino que ni siquiera iniciarían conversaciones sobre el asunto si Huerta no se retiraba antes.

La solución, pues, no resultaba fácil; el único favorecido por la propuesta inicial de los intermediarios, Victoriano Huerta, considerando inaceptable que, como paso previo a cualquier acuerdo, se le exigiera la dimisión, no estaba dispuesto a admitir las “enmiendas” que querían introducir sus vecinos.⁸⁴ Aunque algunos rumores indicaban que, ante la imposibilidad de atender a tantos frentes, el mandatario mexicano podría llegar a aceptar las condiciones de Washington a cambio de un salvoconducto para salir del país, de inmediato fueron desmentidos por el propio interesado, a través de una proclama dirigida a las tropas federales; en ella, en el lenguaje grandilocuente y patriotero que venía usando al hacer referencia a la intervención norteamericana, les decía que quizás les aseguraran “algún día que he luchado con los yanquis, que éstos me han detenido y me han fusilado; y todo ello podrá ser verdad y podréis creerlo. Pero si os dicen que he dimitido no lo creáis, gritando ante la faz del mundo: ¡mentira!. No acepta-

82 *El Liberal* de Sevilla, Jueves 30 de Abril de 1914.

83 Knight, *La Revolución Mexicana...*, t. II, p. 706.

84 *El Liberal* de Sevilla, Jueves 30 de Abril de 1914.

ré ninguna solución en tal sentido. Mejor muerto que dimisionario”.⁸⁵

Como en ocasiones anteriores, también entonces las informaciones periodísticas resultaban contradictorias. Así, *El Liberal* de Sevilla anunciaba que el jefe del ejecutivo mexicano había dado autorización a sus representantes en Niágara para tratar sobre su dimisión, si de ello dependía “la tranquilidad en el territorio mexicano”. No obstante, también decía que el propio Huerta había desmentido esa información y que, por el contrario, había presentado una contrapropuesta en la que no sólo exigía la evacuación de Veracruz y garantías de que se respetaría “el territorio mexicano”, sino la concesión de “un empréstito suficiente” para la Hacienda mexicana, y libertad electoral para proceder al nombramiento de presidente”.⁸⁶

Los negociadores prosiguieron su difícil tarea, y en los últimos días de mayo presentaban un nuevo documento; en él se asumía la principal exigencia de Washington —la dimisión de Victoriano Huerta—, recomendando que el gabinete huertista fuera sustituido por una comisión, que se ocupara “de los asuntos de estado... hasta la constitución de un gobierno provisional”. Para la formación de ésta, establecían una serie de condiciones cuya aprobación por ambas partes consideraban esencial para el avance de las negociaciones; sin embargo, algunas de ellas resultaban bastante difíciles de asumir por el ejecutivo mexicano. Era el caso de su composición ya que, según decían los periódicos, debería estar formada por cinco miembros, uno de los cuales sería un constitucionalista “que no hubiera tomado parte activa en la rebelión”, pero designado por Carranza. Los Estados Unidos, por su parte, deberían evacuar Veracruz, reconocer a esa comisión como gobierno provisional de México, y tratar con ella los litigios pendientes.⁸⁷

Algunas filtraciones, más o menos interesadas, indicaban que la propuesta incluía, además, que la presidencia de la citada comisión debía corresponder a Carranza. Al margen de que esto último fuera cierto o no, el fracaso de los mediadores estaba asegurado desde el momento en que tanto Huerta como la administración Wilson parecían dispuestos a mantener sus posturas “esenciales”. Esta última ni siquiera guardaba ya las formas ante los mediadores; al mismo tiempo que, al menos en teoría, negociaba con Huerta a través de ellos, en Tampico se desembarcaba armamento norteamericano para los rebeldes. Los diplomáticos protestaron por este hecho, alegando que “la

85 *El Noticiero Sevillano*, Miércoles 6 de Mayo de 1914.

86 *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 20 de Mayo de 1914.

87 *El Correo de Andalucía*, Domingo 31 de Mayo de 1914.

conducta yanqui podría poner término a las conferencias”,⁸⁸ y Washington, aunque sólo fuera para cubrir las apariencias, retuvo otros dos cargamentos que se estaban preparando con el mismo fin. Pero, aunque fuera de un modo más discreto, los suministros continuaron llegando.

Las negociaciones parecían estancadas cuando, de improviso, algunos rotativos informaron que Victoriano Huerta, en lo que para ellos no sería sino la huida definitiva, había pedido permiso a la Cámara para ausentarse del país durante seis semanas. “Como su mujer y sus cuatro hijos”, publicaban en sus páginas, habían partido ya al extranjero, no dudaban de que “el mandatario mexicano se estaba preparando para seguir a su familia, en cuanto haya el menor peligro de que los constitucionalistas se apoderen de la capital”.⁸⁹ Por esos días, y durante prácticamente un mes, la visión que la prensa española ofreció sobre esos momentos trascendentales para el desenlace de los acontecimientos no pudo ser más confusa. Reflejando el propio caos que reinaba en México, tan pronto se hacía eco de que Huerta dimitía y se marchaba del país, como de que se convocaban unas elecciones en las que, según unas versiones, resultaba vencedor y, según otras, ni siquiera concurría a ellas.⁹⁰

Lo que realmente ocurría, entre tanto, es que los carrancistas deshacían al ejército federal y que Huerta se veía obligado a ceder, llegando a un acuerdo en Niágara que pondría fin al conflicto entre el régimen huertista y la administración Wilson. El texto del protocolo, firmado el 10 de julio,⁹¹ representaba la plena aceptación por parte del hasta entonces presidente mexicano de todas las exigencias planteadas por el gobierno de los Estados Unidos desde el principio. En su cumplimiento, cinco días más tarde se producía la dimisión, esta vez real, de Victoriano Huerta, de la que dos días después se hacían eco los medios de comunicación españoles.

Es cierto que ya antes algunas publicaciones habían informado a sus lectores sobre aquélla; pero también lo es que, hasta entonces, se habían limitado a recoger lo que no eran sino rumores; sólo a partir del 17 de Julio contaron con bases fiables para hacerlo. Ese día, *El Noticiero Sevillano*, entre otros rotativos, daba cuenta de una reunión celebrada por “la Cámara mejicana” para aceptar la renuncia de Huerta y de todo su gobierno, así como la de la “comisión militar”. Los diarios decían también, que “el tren especial que conducía a las familias de Huerta y Blanquet”, cuya salida del país sería

88 *El Liberal* de Sevilla, Domingo 7 de Junio de 1914.

89 *Ibidem*, Jueves 4 de Junio de 1914.

90 *Ibidem*, Miércoles 8 de Julio de 1914. Ver también, el resto de los diarios de esos días.

91 Knight, *La Revolución Mexicana*..., t. II, p. 706.

inmediata, había “llegado a Orizaba, donde las tropas rebeldes le hicieron varios disparos”.⁹²

Con la marcha de Huerta las tensiones entre los Estados Unidos y México se rebajaron; pero no fue suficiente para que los norteamericanos desalojaran Veracruz. Sólo dos meses después, cuando tras el corto periodo presidencial de Carvajal Venustiano Carranza se hizo cargo del gobierno provisional, Wilson comenzó a ceder algo en este asunto y se mostró dispuesto a tratar la cuestión.⁹³ La evacuación se retrasaría todavía dos meses; no fue sino hasta el 25 de Noviembre de 1914 cuando el nuevo gobierno mexicano la confirmó, haciendo público, a través de sus distintas legaciones en el extranjero, que los últimos soldados norteamericanos habían salido de aquel puerto y que, con ello, “las relaciones entre los dos países” volvían, después de tanto tiempo, “a ser cordiales”.⁹⁴

CONCLUSIONES.

A pesar de que lo expuesto hasta aquí es una clara muestra del valor relativo de la prensa como fuente para el conocimiento de las relaciones entre los Estados Unidos y México en una etapa turbulenta, es curioso ver cómo en este caso esto no ocurre, en general, como en otros, porque sus informaciones y opiniones estuvieran determinadas por la ideología política de cada uno de los diarios utilizados, que coincidieron, casi por completo, a la hora de juzgar el papel desempeñado por los Estados Unidos en el proceso revolucionario mexicano.

La información que proporcionaron a sus lectores sobre esta problemática fue mucho más allá de la simple exposición de los conflictos que existían entre las dos naciones, para expresar, al contrario de lo que ocurrió con otros aspectos del proceso, sus opiniones concretas que, además, fueron comunes a todos los partidos y compartidas también, probablemente, por la mayoría de sus lectores. Al margen de su ideología, todas las publicaciones coincidieron en su repudio a la intervención en el proceso de una potencia, ante la cual, por si fuera poco, España había sufrido una gran derrota poco antes. Esa afrenta hizo que algunos diarios, que chocaban ideológicamente

92 *El Noticiero Sevillano*, Viernes 17 de Julio de 1914.

93 En palabras del ministro de Estado español Salvador Bermúdez de Castro a la prensa, esa fue la primera vez que el gobierno estadounidense manifestó con cierta claridad hallarse dispuesto “a evacuar Veracruz”. *El Liberal* de Sevilla, Viernes 18 de Septiembre de 1914.

94 *El Liberal* de Sevilla, Miércoles 25 de Noviembre de 1914.

con el bando revolucionario, llegaron a mostrar, en ocasiones, cierta “solidaridad” con el mismo; su “rencor” por lo sucedido en Cuba se vio potenciado por la prepotente actuación de la administración estadounidense en México, haciendo que todos ellos y gran parte de los intelectuales de la época, a veces desde las páginas de las distintas publicaciones periódicas, condenaran sin paliativos el “imperialismo yanqui” y la política que seguían respecto a sus vecinos.⁹⁵

Unos y otros fueron unánimes a la hora de señalar como causa de esa intervención el interés norteamericano por las materias primas mexicanas, sobre todo por el petróleo; las diferencias entre ellos sólo se aprecian a la hora de hablar de los efectos de su actuación en la evolución del proceso. Para muchos observadores la intervención, en sí misma, contribuyó al estallido revolucionario; pero para otros, nada tuvo que ver con aquél; si algunos tuvieron esa percepción fue, a su juicio, sólo porque así se transmitió desde amplios sectores conservadores que, además, procuraron utilizarla para desviar la atención de los verdaderos problemas del país, en un fracasado intento de unir a la oposición frente al común enemigo exterior.⁹⁶ Pero esas discrepancias no afectaron al juicio que mereció a todos la intervención norteamericana; como tampoco lo harían algunas de las que se dieron entre la prensa de distintos lugares de la península como, por ejemplo, la de Sevilla y Madrid.

Los rotativos conservadores de la capital española, condenando, por supuesto, las intromisiones estadounidenses en México, culpaban de ellas a los antirreeleccionistas que, según decían, se había aprovechado de la primera de éstas para hacer caer a Díaz. Por el contrario, la posición de los diarios sevillanos, conservadores o no, no ofrecía lugar a dudas; los únicos responsables eran los Estados Unidos, a los que no sólo condenaron sino que, al igual que algunos de los madrileños, acusaron de promover y fomentar la división de México, reafirmandose en una idea bastante extendida en la sociedad española desde la Guerra de Cuba: que ésta no había sido una excepción, sino

95 Ver por ejemplo los artículos “Crónica de Londres. La Revolución en Méjico. Su verdadera causa”, *El Debate* de Madrid, Domingo 15 de Noviembre de 1913, y “Los crímenes del capitalismo. Yanquis, españoles, mejicanos y marroquies”, *El Socialista* de la misma ciudad del Domingo 26 de Abril de 1914, citados en Delgado,..... *La Revolución Mexicana*..., pp. 284 y 303-304.

96 Como ejemplo de las dos posiciones ver el editorial de *El Liberal* de Sevilla del Martes 14 de Abril de 1914 y González Blanco, E.: *Carranza y la Revolución de Méjico*, Biblioteca Constitucionalista, Vol. I, Madrid, 1916, p. 400, citado en Delgado.... *La Revolución Mexicana*..... p. 281.

sólo el inicio de una planificada política imperialista. En este aspecto, creemos que un editorial publicado en *El Liberal* de Sevilla en abril de 1914, es una clara muestra del sentir general de los medios de comunicación hispalenses sobre el papel de los Estados Unidos en la Revolución. En él se afirmaba que “tal vez en el momento actual Méjico vive como vive y sufre como sufre, porque hay quien tiene especial empeño en que así suceda y en fomentar el mal hasta hacerlo endémico. Y que en pleno siglo XX las grandes potencias sean responsables de tantas desdichas es bochornoso e inhumano”.⁹⁷

Ese rechazo era tan fuerte, que cuando Victoriano Huerta se negó a satisfacer las exigencias de Washington sobre su dimisión, *El Liberal*, a pesar del desprecio que había manifestado siempre por el general, llegó a celebrar que “Méjico, que tantos años ha permanecido de rodillas ante los Estados Unidos, se levanta al fin para adoptar otra actitud distinta a la seguida hasta ahora”.⁹⁸ Su repudio a la injerencia estadounidense parece imponerse, como sucedió con otras muchas publicaciones de la época, a la pobre opinión que, como se ha visto, le merecía la figura de Huerta, y a sus propios principios ideológicos.

97 *El Liberal* de Sevilla, Martes 14 de Abril de 1914.

98 *Ibidem*, Viernes 15 de Mayo de 1913.